

Una gran novela recobrada

La ceniza del Libertador

FERNANDO CRUZ KRONFLY

Orlando Mejía Rivera (estudio crítico)

Editorial Universidad de Caldas, Manizales, 2008, 448 págs.

I

EN 1987, cuando Planeta publicó la primera edición de *La ceniza del Libertador*, tercera novela del escritor vallecaucano Fernando Cruz Kronfly, ésta pasó prácticamente desapercibida. La atención de la gran prensa estaba puesta en el proceso de elaboración de otro libro sobre Bolívar que García Márquez tenía entre manos en ese momento. *El general en su laberinto* aparecería dos años después, entre tanto, los periodistas contaron con mucha tela de dónde cortar acerca de las pesquisas detectivescas de Gabo, quien tuvo a su disposición una legión de historiadores y académicos colombianos, venezolanos, cubanos y panameños para ayudarlo en su cometido de documentar hasta los más mínimos detalles del último viaje del Libertador.

Veintiún años después, con la intención de rescatar del olvido la novela de Cruz Kronfly, en buena hora la Universidad de Caldas ha publicado una tercera edición de este libro en su colección El Otro Canon de la Literatura Colombiana (la segunda apareció en México, publicada por la UNAM en 1995). Al decir de sus editores, esta colección “reedita obras que, aunque ya fueron publicadas, no tuvieron ni la difusión ni la acogida que se merecen”. En ese empeño han reeditado hasta la fecha, además de *La ceniza del Libertador*, los libros *El pasajero Walter Benjamin*, de Ricardo Cano Gaviria (2009), *La uva de los filósofos*, de Umberto Senegal (2010), y *Gato suelto y feliz y otros cuentos*, de Ramón Illán Bacca (2012).

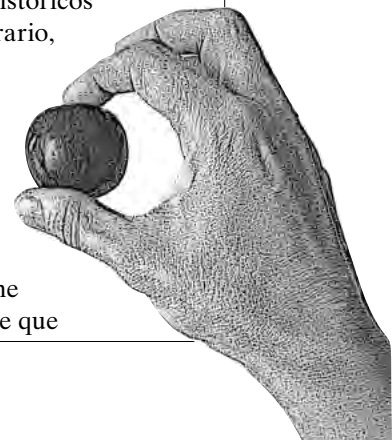
Cada título de esta colección va precedido de un estudio crítico en el que se ofrece una valoración del libro y de la obra de su autor. En esta oportunidad el ensayo introductorio fue escrito por el profesor, narrador y crítico Orlando Mejía Rivera, director de la colección, y va acompañado de una interesante entrevista a Cruz Kronfly, así como de una sucinta cronología biográfica y bibliográfica. Mejía Rivera es, sin duda, un agudo conocedor de la obra de Cruz Kronfly. En las páginas de su ensayo “Fernando Cruz Kronfly y el aura color violeta” repasa al derecho y al revés los libros del autor, aproximándonos a la visión del mundo que los caracterizan, signada por la angustia y la desesperanza, un estado anímico que el propio Cruz Kronfly ha definido como un “nihilismo positivo, propio de un espíritu que no se derrumba ante la pérdida, ante la constatación suprema del fin de los Dioses como fundamento de la existencia y del proyecto de vida, sino que más bien se alegra en la desventura de esta crucial constatación y extrae fuerzas del vacío para a pesar de todo continuar viviendo, como si se tratara de un acto de fe fundado en el vacío y nada más” (pág. 13). Esta visión sombría de la existencia tiene raíces en el devenir histórico de Colombia, una nación

desventurada a la que Leopoldo, uno de los personajes de la novela *La obra del sueño* (1984), se refiere en ásperos términos: “¿Mi país? Ah... un charco de agua y estiércol vinagre donde apenas conseguimos sobreaguar en este presente de nuestra vida pero con el cual siempre estamos pensando fertilizar el confuso porvenir de las futuras generaciones” (pág. 14).

II

En la nota final de *El general en su laberinto*, García Márquez afirma que el último viaje de Bolívar por el río Magdalena, en 1830, es el menos documentado de su vida. La laguna historiográfica sobre aquella postrera travesía ha servido de acicate, al menos, para tres importantes narraciones: *El último rostro* (1978), de Álvaro Mutis, *La ceniza del Libertador* (1987), de Cruz Kronfly, y la célebre novela de Gabo, publicada en 1989. En su estudio crítico, con la idea de desentrañar diferencias básicas entre las novelas bolivarianas de García Márquez y de Cruz Kronfly, Orlando Mejía postula que, por ser una obra en la que “la historia es respetada de manera milimétrica por la ficción”, *El general en su laberinto* es una novela histórica clásica, mientras que el libro de Cruz Kronfly, en el cual la historia está plenamente al servicio de la ficción, reúne todas las características para ser considerada como una “Nueva novela histórica”, categoría acuñada por el crítico estadounidense Seymour Menton en su estudio *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*.

Así las cosas, mientras Gabo se quemaba las pestañas acopiando la documentación necesaria para no descacharse en ningún dato acerca del pensamiento político de Bolívar o incluso de la talla de zapatos que calzaba, y le agradecía al historiador venezolano Vinicio Romero por la advertencia providencial de que no podía poner a comer mangos a Bolívar –“por la buena razón de que aún faltaban varios años para que el mango llegara a las Américas”–, al escribir su libro Cruz Kronfly no tuvo inconveniente en que el Libertador saboreara cuantos mangos quisiera, ni se abstuvo de incurrir en otros anacronismos señalados por Mejía Rivera, tales como hacer que Bolívar viajara en un barco a vapor de dos plantas –cuando en realidad lo hizo en un champán de una sola–, o que su álgido ego ficcional, Uldarico Clavel, formara parte del mismo viaje y aplacara la sed bebiendo latas de cerveza que evidentemente no existían en 1830. Estos aspectos ponen de presente que ambos novelistas adoptaron enfoques distintos para abordar un mismo acontecimiento. García Márquez se ciñó con maníática literalidad a los datos históricos disponibles, mientras que, por el contrario, Cruz Kronfly recreó a su arbitrio el último viaje de Bolívar, sin cuidarse de trastocar ciertos hechos cuando su proyecto narrativo así lo requería. En *La ceniza del Libertador* Cruz Kronfly relativiza de manera explícita el discurso histórico como verdad única y definitiva. “La historia presume de una higiene imposible / No entiende que



por su boca también habla el corazón”, podemos leer en uno de los poemas intercalados a lo largo de la novela, el cual se complementa con otro donde el propio Bolívar declara:

¿Eso que llaman historia qué podría ser sino lo imaginario mismo

Lo soñado andando por los caminos, derramado como la leche en los hogares del fuego

Una dos, tres obsesiones juntas en el espejo

Y un poco de polvo de realidad encima?

[pág. 330]

III

Desde sus primeras páginas, *La ceniza del Libertador* es una novela que se destaca por desplegar una prosa de excelsa calidad, profusa en imágenes realistas y surrealistas, con una sintaxis rica en periodos extensos de gran sutileza. Para la muestra cito un párrafo del comienzo, en el cual se describe el momento en que Bolívar se dispone a abordar el vapor que lo conducirá a su voluntario exilio:

En lo elevado de un promontorio que se derrite con su escaso peso, Su Excelencia ensaya de nuevo la consistencia de sus pulmones. Azota con sus pies el piso y camina hacia la orilla. Sus botas de campaña muestran barro fundado en una extraña metafísica de hechos cumplidos, hablan de un cielo sin fondo que sin embargo logra sostenerse como del columpio de un labio enfermo, tibia hoja carnal.

[pág. 58]

Al ponderar la densidad de este pasaje, comprendemos por qué Cruz Kronfly no es precisamente un autor de *best-sellers*, y por qué la lectura de sus libros exige una disposición especial para asimilar la dificultad que plantean. Esto lo tiene claro el autor, quien al principio de la larga entrevista que le concede a Orlando Mejía afirma:

Elegí una escritura comprometida con la perfección formal, puesta al servicio de la complejidad de la condición humana, y ahí moriré. No he hecho ninguna concesión a las exigencias del mercado ni a las condiciones que impone el declive postmoderno de la cultura letrada. [...] Vivimos una época de literatura relativamente testimonial, absolutamente desentendida de la exigencia estética, formalmente pobre y cargada de lugares comunes, todo lo cual me parece deplorable y no me interesa.

[págs. 35-36]

No estamos, pues, ante un fabricante de escritura rápida, sino ante un estilista que hay que saber paladear y digerir con lentitud. Por ello Mejía Rivera insiste en que la narrativa de Cruz Kronfly busca “un lector creativo que ama el placer de los retos intelectuales, que huye de la banalidad y los estereotipos de moda” (pág. 19). No obs-

tante, debo añadir que, aun cuando el acto de asimilar los cincuenta y un capítulos de *La ceniza del Libertador* demanda máxima atención y concentración, por fortuna su lectura no me resultó tediosa ni tortuosa, como sí me había ocurrido años atrás con su novela *La ceremonia de la soledad*⁵. En esta oportunidad logré sintonizarme con el lenguaje y las claves formales del texto, caracterizado por una férrea unidad de tiempo y espacio –los catorce días de travesía del último viaje de Bolívar a bordo del vapor que lo lleva desde Honda hasta la desembocadura del Magdalena–, salpimentada con las constantes digresiones y evocaciones que tienen lugar en la mente alucinada del Libertador, aquejado por las fiebres de una tuberculosis galopante:

La hora de la fiebre ha llegado. Acostumbrado a su padecimiento debe rendirse ante ella. Vestida con su camisión donde los ojos cristalizados ven tantas cosas misteriosas, parece una señora puntual que todos los días empuja la leche, el pan a la puerta. A la medianoche nadie la iguala murmurando en la alcoba con su frente adornada de diademas de carbones encendidos.

[pág. 309]

IV

En su conversación con Orlando Mejía, cuando éste le pregunta acerca de las influencias que lo animaron a emprender la novela, Cruz Kronfly responde que, en su momento, las lecturas de *La muerte de Virgilio*, de Hermann Broch, y de *Las memorias de Adriano*, de Marguerite Yourcenar, le ayudaron a madurar la idea de escribir algo acerca del trágico destino de la vida humana: “La vida del Libertador se convierte en aquello que me permite, atravesándola, poner en evidencia la paradoja humana donde se juntan, de un modo sobrecogedor, las puntas más agudas de la gloria y la desgracia” (pág. 45). Antes, en uno de los ensayos de su libro *La sombrilla planetaria* (1994), había abordado este punto con mayor amplitud:

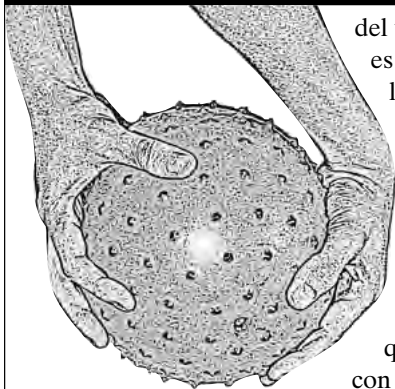
No me interesaba, pues, Bolívar como tal, sino el hecho de que su vida real pudiese ser elevada hasta la dimensión de la gran metáfora y del gran símbolo, tal como lo había encontrado magistralmente consiguiendo en *La muerte de Virgilio* [Hermann Broch] ... Su objeto no es la biografía del [L]ibertador, sino su drama final, similar al de Virgilio y al de todos aquellos hombres que habiendo llegado a la gloria, de pronto empiezan a recorrer un inesperado camino de espinas, de bajada hacia el gran lago de la materia y de la muerte.

“Ficción y novela histórica”,

[págs. 189-190]

La dimensión simbólica del ocaso de Bolívar es uno de los aspectos que Cruz Kronfly logra plasmar a lo largo del libro con mayor habilidad. Mejía Rivera enumera y precisa varios de esos simbolismos, como el

1. Cfr. John Galán Casanova, “Amor sin dientes”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, vol. XXVIII, núm. 31, 1992, págs. 126-127.



del viaje hacia el mar, que es también un viaje hacia la muerte; o como el de la ceguera del capitán del barco y su ayudante, que remite al destino oscuro e incierto del Libertador; o como el de los dos pisos del vapor, que tendría relación con el ego paranoico y las alucinaciones de Bolívar, en el caso del piso de arriba, y con su yo profundo y su mundo interior, en el caso del piso inferior. Aparte de estos simbolismos, que podríamos llamar estructurales, la novela hilvana con sutileza una serie de signos que aluden a la decadencia del protagonista: allí está, por ejemplo, la irrupción ominosa de moscas y sombrías mariposas en el comedor del barco, o la aparición de rotos que brotan en forma insistente en los manteles. El más nimio acontecimiento, como el de la caída del gorro de Bolívar que el viento hace rodar al agua, le sirve al narrador para, valga la paradoja, avivar la agonía de su personaje:

Y todos observan cuando de tumbo en tumbo el gorro llega hasta la barandilla y cae al agua. Su Excelencia siente que su pensamiento sufre un espasmo, como delante de un aviso siniestro. Y queda lelo, como quien de repente descubre que sobre su cabeza han florecido polvorosos lirios de cementerio:

Ve su vida rota.

[pág. 178]

En otro punto del viaje, cuando pasan por la Vuelta del Ángel y divisan los restos encallados del vapor El Libertador, surge un nuevo pretexto para vislumbrar el trágico desenlace vital del glorioso guerrero:

Se tumba en el camastro. Mira sus manos violetas, siente que respira sonoro como un gato en siesta. Lloro. ¿Cuántas veces lo hizo antes? La imagen de aquel vapor encallado en la Vuelta del Ángel no lo abandona. Es él. Y siente que son demasiado pocas las cosas que de ahora en adelante tendrá la oportunidad de hacer.

[pág. 307]

V

En suma, debemos agradecer a Orlando Mejía y a Pablo Arango, editores de la Universidad de Caldas, por la atinada iniciativa de reeditar y poner de nuevo a nuestro alcance esta valiosa novela que al momento de aparecer en 1987 fue opacada por la tupida cortina mediática en torno al genio y figura de García Márquez. Aunque no puede ser considerada como una edición crítica de la novela de Cruz Kronfly –de hecho, es de lamentar que el texto esté salpicado de erratas, como ocurre en la página 22 de la introducción, en la que aparece dos veces sin tilde el apellido del protagonista–, el estudio crítico que la precede, así como la entrevista al autor y la cronología biográfica y bibliográfica que la acompañan, constituyen

un valioso material de consulta para los interesados en profundizar acerca de la obra del escritor vallecaucano.

Con este precioso libro de tono elegíaco, Cruz Kronfly añade a la galería de sus personajes a uno de los iconos principales de nuestra historia, un Bolívar caído en desgracia como individuo pero, tal y como anota Mejía Rivera, cuyos principales ideales políticos salen indemnes en el contenido de la novela, en detrimento del excesivo legalismo representado por Santander y “los loquitos de San Bartolomé”. Enfermo y desengañado ante la ingratitud y el abandono de sus antiguos copartidarios, este Bolívar otoñal reúne méritos más que suficientes para unirse a los desesperanzados lúcidos que Cruz Kronfly dice retratar en sus obras: “Más que pesimistas, mis personajes, como yo mismo, somos víctimas de la desesperanza. No parecemos colombianos, porque aquí la esperanza sin ningún tipo de fundamento es una enfermedad colectiva que linda con la imbecilidad” (pág. 38).

Basta detenerse por un instante en el siguiente pasaje del libro para poder apreciar en síntesis la grandeza y la fragilidad latente aún en los más épicos destinos de nuestra historia:

Su Excelencia mira el conjunto de todas las cosas, en realidad parece soñar. Toda su gloria pasada, su historia de años de héroe está a punto de quedar convertida en un triste puñado de cenizas. Siendo ese el destino de los hombres grandes, Su Excelencia no parece dispuesto a interrumpirlo, a introducir modificaciones de último momento en ese cuadro colgado en la ventana que algunos llaman la naturaleza humana:

–Me iré, muchachos, sí, me marcharé a otros mundos y los dejaré a todos hundidos en la confusión que ellos mismos andan buscando. Pero yo los perdono.

[págs. 118-119]

John Galán Casanova

Ocurrencias decimonónicas

Apuntes para la historia del teatro de Medellín y vejeces

ELADIO GÓNIMA CH.

Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, 2009, 255 págs.

LA NOSTALGIA y ese volver tan gardeliano que procura recorrer la senda del pasado para buscar lo que ya no está, no es solamente un sentir privado. Comunidades se tejen alrededor de ese sentimiento. No en vano la página de Facebook llamada “fotos antiguas de Medellín” ya cuenta con casi 31 000 seguidores a la fecha. Justamente ese mismo sentimiento y esa misma ciudad que le cede espacio a la evocación del pasado en los nuevos medios, le dieron vida a numerosas crónicas que alimentaron la literatura decimonónica finisecular y abrieron una tradición que continuó hasta entrado el siglo XX. Eladio